



Melocotón y la ventana mágica

De Nicolas Pugliese



Justo afuera de la ventana del aula de computación, en la rama más alta de un árbol frutal, nació Melocotón. Era un fruto redondo, de piel suave y color anaranjado, pero tenía algo muy especial: unos ojos curiosos y mucha energía. Desde su rama, observaba cada día a los niños entrar al salón.



A Melocotón no le gustaba lo que veía. Los niños se quedaban muy quietos mirando unas cajas brillantes. "¡Esas cajas son monstruos que les roban las sonrisas!", pensó Melocotón. Decidió que su misión sería salvar a los niños de la tecnología.



Una tarde, cuando el aula quedó vacía,
Melocotón saltó por la ventana abierta.
Con mucha astucia, se acercó a los
cables que colgaban detrás de las mesas.
Con un pequeño tirón, desconectó el
enchufe principal. "¡Listo! El monstruo
ya no tiene comida", exclamó
triunfante.



Al día siguiente, el aula era un caos. La profesora y una alumna llamada Peconcita miraban la pantalla apagada con mucha confusión. Melocotón, escondido detrás de una torre de computación, se reía bajito mientras empujaba los teclados para que quedaran todos torcidos.



Sin embargo, algo cambió cuando Melocotón vio a Peconcita sentarse en otra computadora. Ella comenzó a mover el ratón y, de pronto, una flor hermosa apareció dibujada en la pantalla. Melocotón se asomó con asombro; se dio cuenta de que las computadoras no eran monstruos, sino ventanas para crear magia.

Arrepentido por sus travesuras,
Melocotón decidió ayudar. En lugar de
mover teclados, empezó a saltar sobre
las teclas para ayudar a los niños a
escribir sus nombres. Se convirtió en el
asistente más pequeño y dulce del
colegio, recorriendo las mesas con sus
pasitos de fruta.



Pronto, Melocotón se convirtió en el profesor favorito. Enseñaba a los alumnos que el internet era como un gran libro infinito. Un niño pequeño reía mientras Melocotón le señalaba dónde hacer clic para descubrir fotos de planetas lejanos y estrellas brillantes.



Cuando llegó el último día de clases, Melocotón se sintió un poco triste. No quería quedarse solo en el árbol. Peconcita, que lo quería muchísimo, se acercó a él con una cajita llena de algodón. "¿Quieres venir a vivir a mi casa?", le preguntó con una sonrisa.



También conoció a Titi, un personaje un poco gruñón que siempre estaba sentado en el sofá. Aunque Titi ponía caras serias, Melocotón siempre lograba hacerlo reír contándole historias sobre el aula de computación. Ahora, los tres viven grandes aventuras, demostrando que incluso una pequeña fruta puede cambiar el mundo.